

vanagloria y soberbia, como los que navegan por el mar se previenen y guardan de los peñascos y bajíos que están junto al puerto: porque así como muchas veces acontece que los que han navegado mucho tiempo de bonanza, vienen á peligrar en el puerto; así muchos que casi todo el curso de su vida habian caminado bien, venciendo y sojuzgando las tentaciones que se les ofrecian, despues al fin, cuando ya estaban cercanos al puerto, confiados de sus victorias pasadas, y teniéndose ya por seguros, ensoberbeciéndose y descuidándose con eso, vinieron á caer miserablemente. El navío que no se habia abierto, ni faltado navegando tanto tiempo por la mar, vino á faltar y quebrarse en el puerto. Eso hace la vanagloria: así la llaman los Santos tempestad en el puerto; y otros dicen, que es como quien lleva una nao muy bien calafateada, jarcia y muy cargada de mercaderías, y la da un barreno, por dónde entrando el agua, la viene á anegar.

De manera, que aquellos Padres antiguos no instruian á los principiantes y novicios á defenderse de la vanagloria, por parecerles que no era menester; porque los que acaban de venir del mundo corriendo sangre, que aun no tienen cerradas las llagas de los pecados, consigo se traen harta materia de humildad y confusion: á esos tratadles de abstinencia, de penitencia y mortificacion. Los

antiguos, que han llorado y gemido muy bien sus pecados, y hecho mucha penitencia de ellos, y se han ejercitado mucho en las virtudes, esos han menester estos avisos; pero los que comienzan, que están vacíos de virtud y llenos de pasiones y malas inclinaciones, y que aun no han acabado de llorar bien sus pecados y el olvido que han tenido de Dios; esos no tienen fundamento de que les vengan vanaglorias, sino mucho dolor y vergüenza: así habia de ser ello; y de aquí habian de tomar ocasion de grande confusion los que teniendo muchas cosas de que humillarse, de sola una que reluzca, y les parezca que hicieron bien, se desvanecen y engrienen. Andamos muy engañados; una sola cosa que tuviéramos mala, habia de bastar para andar confundidos y humillados; porque para el bien es menester que no falte nada, y al mal basta una cosa sola que falte: y nosotros hacemos al revés, que no bastan tantas faltas y males como tenemos, para humillarnos; y una cosa sola buena, que nos parezca que hay en nosotros, basta para ensoberbecernos, y para que deseemos ser tenidos y estimados; en lo cual se verá bien la malicia y sutileza de este vicio de la vanagloria, pues á nadie perdona, aun sin fundamento acomete: y así dice de ella san Bernardo (1): *Ipsa est in peccato prima;*

(1) Bernard. de ord. vitæ, et morum institutio.

in conflictu postrema: Esta es la primera que nos acomete para hacernos caer, y la postrera y última batalla que tenemos que vencer: por tanto, hermanos míos, dice san Agustin (1), armémonos, y prevengámonos todos contra este vicio, como lo hacia el profeta David, cuando en el salmo cxviii decia: *Averte oculos meos, ne videant vanitatem*: Señor, apartad mis ojos de toda vanidad.

CAPÍTULO V.

De la necesidad particular que tienen de guardarse de este vicio de la vanagloria los que tienen oficio de ayudar á los prójimos.

Aunque todos tienen necesidad de apercebirse contra esta tentacion de vanagloria, como habemos dicho; pero los que tenemos oficio é instituto de ayudar á la salvacion de las almas, tenemos particular necesidad de andar muy prevenidos en esto, porque nuestros ministerios son muy altos, y patentes y manifiestos á todo el mundo: y cuanto mayores y mas espirituales son, tanto por una parte es mayor el peligro, y por otra seria mayor nuestro delito, si en ellos nos buscásemos á nosotros mismos, y el ser tenidos y estimados de los hombres; porque seria alzarnos con lo que Dios mas aprecia y estima, que son las gracias

(1) August. sup. Psalm. cxviii.

y dones espirituales: y así dice san Bernardo (1): *Væ, qui bene de Deo, et sentire, et eloqui acceperunt, si quæstum æstiment pietatem, si convertant ad inanem gloriam, quod ad lucra Dei acceperunt erogandum, si alta sapientes humilibus non consentiant!* ¡Ay de aquellos á los cuales fue dado sentir y hablar bien de Dios y de las cosas espirituales, y entender las Escrituras, y predicar graciosamente, si lo que se les dió para ganar almas, extender y dilatar la honra y gloria de Dios, lo convierten ellos en buscarse á sí mismos, y ser tenidos y estimados de los hombres! *Paveant, quod in Propheta Ossea legitur: Dedi ei argentum, multiplicavi ei et aurum, quæ fecerunt Baal*: Teman y tiemblen de lo que dice Dios por el profeta Oseas en el cap. ii: Fié de ellos mis riquezas, díles mi plata, mi oro y las joyas preciosas, que yo mas estimaba; y ellos han hecho de eso un ídolo de Baal, han fabricado con ello un ídolo de honra.

San Gregorio trae á este propósito aquello de san Pablo á los de Corinto (2): *Non enim sumus, sicut plurimi, adulterantes verbum Dei, sed ex sinceritate: sed sicut ex Deo coram Deo in Christo loquimur*: No somos, como muchos, que adulteran la palabra de Dios. Dos explicaciones da á este lugar: De dos maneras, dice, puede uno adulterar la palabra de Dios. La pri-

(1) Bernard. serm. 45 sup. Cantic.

(2) Gregorius, lib. 22 Moral. c. 17; I Corinth. ii.

mera, cuando entiende y declara la Escritura divina de otra manera de lo que es engendrada, y sacando de ella con su propio espíritu falsos y adulterinos sentidos, siendo el legítimo marido y autor de ella el Espíritu Santo, y el verdadero y legítimo sentido el que él ha declarado á su Iglesia por los Santos y Doctores de ella. La segunda declaracion de adulterar la palabra de Dios, es la que hace á nuestro propósito. Esta diferencia hay del verdadero y legítimo marido al adúltero, que aquel lo que pretende es engendrar y tener hijos; pero este no pretende sino solamente su deleite y contento. Pues de la misma manera el que con la palabra de Dios, y con el oficio de la predicacion que tiene, no pretende tanto engendrar hijos espirituales para Dios, que es para lo que ella se ordena, conforme á aquello de san Pablo: *Per Evangelium ego vos genui*, I ad Cor. iv, cuanto á su gusto y entretenimiento, y ser tenido y estimado; ese adultera la palabra de Dios: y por esto llaman tambien los Santos á la vanagloria lujuria espiritual, por el deleite grande que en ella se recibe, mayor que en la otra carnal, cuanto excede el alma al cuerpo. Pues no adulteremos la palabra de Dios; no pretendamos en nuestros ministerios otra cosa que la gloria y honra de su divina Majestad, conforme á aquello que dice Cristo: *Ego autem non quero gloriam meam*. Joan. viii. Yo no bus-

co mi gloria, sino la honra y gloria de mi Padre celestial.

Una hazaña cuenta la sagrada Escritura de Joab, capitán general del ejército de David, digna de ser contada é imitada de nosotros. Dice, que estaba Joab con su ejército sobre la ciudad de Rabat, que era una ciudad de los amonitas, la metropolitana donde residia el rey con su corte; y ya que tenia el negocio en buenos términos, y estaba á punto de entrarla y tomarla, despacha correos al rey David, haciéndole saber el punto en que tenia el negocio: por tanto, que venga él, y la entre y tome; y da esta razon: *Ne cum à me vastata fuerit urbs, nomini meo adscribatur victoria*, II Reg. xii; porque no se me atribuya á mí la honra de la victoria, si yo entro y la tomo; y así se hizo. Esta fidelidad habemos de guardar nosotros con Dios en todos nuestros ministerios, no queriendo jamás que se nos atribuya á nosotros el fruto y conversion de las almas, ni el buen suceso de los negocios, sino todo á Dios: *Non nobis Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam*. Psalm. xii. Toda la gloria se ha de dar á Dios, que está en los cielos, que así lo cantaron los Ángeles: *Gloria in altissimis Deo*. Luc. ii.

De santo Tomás de Aquino leemos en su historia, que no tuvo en su vida vanagloria que llegase á culpa: nunca tuvo complacencia, ni contentamiento vano

de las grandes letras y entendimiento angélico, y otros dones y gracias que Dios le dió. Y de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos (1), que muchos años antes que muriese, no tuvo ni aun tentacion de vanagloria; porque estaba su ánima, con la luz del cielo que tenia, tan esclarecida y con tan gran conocimiento y menosprecio de sí, que solia decir, que á ningun vicio temia menos que á ese de la vanagloria. Esto es lo que nosotros habemos de imitar, y confundirnos y avergonzarnos, cuando aun en cosas bajas nos dejamos llevar de la vanidad, como os habréis cuando os viéreis gran letrado y gran predicador, y que haceis gran fruto en las almas, y que por eso sois muy tenido y estimado de los príncipes y prelados, y de todo el mundo. Es menester que nos acostumbremos en las cosas pequeñas á no hacer caso de las alabanzas y estima de los hombres, ni mirar respetos humanos, para que así estemos diestros en hacer lo mismo en las mayores.

CAPÍTULO VI.

De algunos remedios contra la vanagloria.

El glorioso san Bernardo en el sermón 14 sobre el salmo xc,

(1) Lib. 5, capit. 3 vitæ P. N. sancti Ignatii.

Qui habitat, sobre aquel verso: *Super aspidem, et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem, et draconem*, va declarando que así como estos animales, unos dañan con los dientes mordiendo, otros con el huelgo, otros con las uñas, otros espantan con su bramido; así el demonio invisiblemente daña y hace mal á los hombres de todas estas maneras; y va aplicando las propiedades de los animales á diversas tentaciones y vicios con que el demonio nos hace guerra; y viniendo al basilisco, dice: Del basilisco se dice una cosa monstruosa, que con sola su vista inficiona tanto al hombre, que le mata; y esto aplica el Santo al vicio de la vanagloria, conforme á aquellas palabras de Cristo: *Attende, ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis*; como si dijera: Guardaos de los ojos del basilisco. Pero advertid, que del basilisco dicen que no mata sino á quien él ve primero, pero si vos le veis á él primero, no os dañará; antes dicen que muere con eso el basilisco. Así dice que es en este vicio de la vanagloria, que no mata sino á los ciegos y á los negligentes, que se les quieren mostrar y poner delante para que los vea, y no le quieren ellos mirar primero, considerando cuán vana é inútil cosa es la vanagloria; porque si vos miráseis primero, de esta manera este basilisco de la vanagloria no os mataría, no os haría daño, que vos le mataríais á él,

deshaciéndole y convirtiéndole todo en humo.

Este sea el primer remedio contra la vanagloria, que procuremos nosotros mirar primero á este basilisco: que nos pongamos á considerar y examinar con atencion que la opinion y estima de los hombres, todo es un poco de viento y de vanidad; pues no nos da, ni nos quita nada, ni por eso seremos mejores, porque ellos nos alaben y estimen; ni peores, porque murmuren de nosotros y nos persigan. San Crisóstomo sobre aquello del salmo v, *Quoniam tu benedices justo*, trata muy bien esto, y dice que para animar á un justo, que es perseguido y oye malas palabras de los hombres; y para que no desmaye por eso, ni haga caso de ello, le esfuerza el Profeta con estas palabras: Porque Vos, Señor, bendeciréis al justo; y con eso, ¿qué le dañará que todos los hombres le menosprecien, si el Señor de los Ángeles le bendice y alaba? Como al contrario, si el Señor no le bendice y alaba, ninguna cosa le aprovechará, aunque todo el mundo le loe y le predique: y pone por ejemplo al santo Job, el cual estando en el muladar lleno de lepra, de llagas y de gusanos, perseguido y baldonado de sus amigos y enemigos, y de su propia mujer; con todo eso era mas bienaventurado que todos ellos: *Quoniam Deus ei benedicebat*; porque aunque los hombres le injuriaban y decian mal de él, Dios decia bien

de él, diciendo que era *vir simplex, et rectus, ac timens Deum, et recedens à malo, et adhuc retinens innocentiam*. Job, II. Varon sencillo, recto, temeroso de Dios, apartado del mal, y que aun se conservaba en la inocencia; y eso le hacia verdaderamente grande: y los desprecios de los hombres y desestima del mundo ninguna cosa le quitaban: y así dice san Crisóstomo, que lo que habemos de procurar con todo cuidado y diligencia, es ser tenidos y estimados delante de Dios; porque el serlo cerca de los hombres ni quita ni pone, y así no hay que hacer caso de eso. *Mihi autem pro minimo est ut à vobis judicer, aut ab humano die*, decia el apóstol san Pablo: Á mí no se me da nada ser juzgado y tenido en poco de los hombres: no ando á contentar á hombres; á Dios querria contentar, porque es mi juez: *Qui autem judicat me Dominus est*.

San Buenaventura añade aquí otro punto, y dice (1): No os enojeis contra los que dicen mal de vos; porque, ó es verdad lo que dicen, ó no: si es verdad, no es de maravillar que ellos se atrevan á decir lo que vos os atrevisteis á hacer: si es falso, no os podrán dañar; y si con todo eso os vinieren movimientos de sentimiento, sufridle con paciencia, como el que sufre un cauterio de fuego; porque así como el cauterio sana la llaga,

(1) Bonavent. opuscul. de inform. novitior.

así esa murmuracion os curará de alguna soberbia oculta, que por ventura teneis.

El segundo medio que nos ayudará mucho para esto, es el que nos encomiendan san Basilio, san Gregorio, san Bernardo (1) y generalmente todos los Santos, que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima: *Nihil unquam de te loquaris, quod laudem importet, quantumcumque sit familiaris ille, cum quo loqueris*: Aunque sea muy amigo y muy familiar vuestro aquel con quien tratais, nunca digais cosa que pueda redundar en loor vuestro: *Imo potius plus labora celare virtutes, quam vitia*: Antes habeis de poner mas cuidado en encubrir las virtudes, que los vicios. Del P. M. Ávila se dice, que tenia en esto muy gran recato; y cuando alguna vez para provecho y edificacion de aquel con quien trataba le parecia que era menester decir alguna cosa de edificacion que á él le habia acontecido, contábala como de tercera persona, de manera que el otro no entendiese que era él. De nuestro Padre san Ignacio nos contó un prelado de España (2), que le conoció en París, que como él trataba de oracion, y la enseñaba y persuadia á otros, preguntábanle algunos, ¿cómo le iba en la

oracion? (dijo que él mismo se lo habia preguntado). Y respondia nuestro santo Padre: Eso no diré yo, sino lo que á vos os conviene: porque esto es caridad y necesidad; y esotro es vanidad. Y del bienaventurado san Francisco leemos, que era tan recatado en esta parte, que no solo no se atrevia á descubrir á otros los favores y regalos que Dios le hacia, sino que, cuando salia de la oracion, usaba de tal disimulacion y templanza, así en sus palabras, como en toda la compostura de su cuerpo, que no se pudiese echar de ver lo que traia dentro del corazon.

Lo tercero: no nos habemos de contentar con no decir palabra que pueda redundar en nuestro loor, sino habemos de pasar adelante, y procurar cuanto pudiéremos el secreto de las buenas obras que hacemos, conforme á lo que Cristo Señor nuestro nos dice en el sagrado Evangelio: *Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito, et Pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi*. Matth. VI. Cuando oráreis, entraos en vuestro aposento, y cerrada la puerta, orad allá en secreto á vuestro Padre celestial; y cuando hicieris limosna, no sepa la mano izquierda lo que hiciere la mano derecha: como si dijera: Si fuese posible, vos mismo no lo habíais de saber; y cuando ayunáreis é hicieris penitencia, procurad mostrar entonces mas alegría y con-

(1) Basilius, serm. de exerc. Monach.; Bernard. in formula honestæ vitæ.

(2) P. N. Ignatius Dom. Ferd. Tric. Episcop. Auriensis, et post. Salmant.

tento, porque no entiendan los hombres que ayunais: *Tu autem cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans.* Matth. vi. Poneos de fiesta; porque en aquella provincia de Palestina, dice san Jerónimo que en las fiestas usaban ungrirse las cabezas. Es muy grande la sutileza de este vicio; y por eso el Redentor del mundo nos encomienda tanto que nos guardemos y escondamos de él, haciendo nuestras obras en secreto, para que no las perdamos, ni nos las robe este ladron de la vanagloria: porque ese es el remedio de los que caminan, dice san Gregorio, esconder los dineros que llevan; porque si los descubren y muestran, los esperará el ladron y los robará; y trae á este propósito aquello que le aconteció al rey Ezequías, que porque mostró los tesoros de su casa á los embajadores del rey de Babilonia, se los robaron despues todos, y los llevaron á Babilonia. Suelen tambien traer á este propósito la comparacion de la gallina, que en poniendo el huevo, luego cacarea y así le pierde. De esa manera les acontece á los que en haciendo la buena obra, luego desean ser vistos, y aun por ventura dicen palabras que huelen á eso.

El verdadero siervo de Dios, dice san Gregorio (1), está tan léjos de esto, que no se contenta de permanecer en lo que pudo ser cono-

(1) Gregor. lib. 22 Moral. cap. 9.

cido, porque de eso ya le parece que le es hecha remuneracion; sino procura añadir otras cosas que no sean sabidas de los hombres: *Jam enim de bonis suis quasi retributionem sibi factam aestimat, nisi eis et alia, quæ ab hominibus nascuntur, adjungat.* Cuenta san Jerónimo de san Hilarion, que viendo que le seguia tanta gente, y que le estimaban todos en mucho por los muchos milagros que hacia, andaba muy triste y llorando cada dia. Preguntándole sus discípulos la causa de su lloro y tristeza, respondia el Santo: Paréceme que me paga Dios en esta vida lo que le sirvo en estar tan estimado de los hombres. Esta es otra razon y otro medio muy bueno de que nos podemos ayudar contra este vicio. Guardaos no deseéis ser tenido y estimado de los hombres, no sea que os pague Dios con eso, si algun bien por ventura habeis hecho en esta vida; que lo suele hacer así, como él mismo lo dijo á aquel rico avariento: *Fili, recordare, quia recepisti bona in vita tua.* Luc. xvi. Hijo, acuérdate que recibiste el galardón en tu vida. Esta es tambien una de las causas, porque aconsejan los Santos el quitar singularidades y extremos; porque esas cosas, como son desacostumbradas, son muy notadas, y dan que pensar y que decir á muchos (1): *Qui facit, quod nemo, mirantur omnes;* y suelen esas cosas criar un espíritu de vanagloria y soberbia,

(1) Gerson, et Guil. Parisiensis.

y de allí suele nacer un menosprecio de los otros.

Pero porque no podemos siempre esconder nuestras buenas obras, especialmente los que tenemos oficio de ayudar con ellas á los prójimos, sea el quinto remedio, que procuremos en ellas rectificár nuestra intencion, levantando el corazón á Dios, ofreciendo y enderezando á él todos nuestros pensamientos, palabras y obras, como dirémos luego; y despues cuando venga la vanagloria, dice el Padre M. Ávila (1), decidle: Tarde venís, que ya está dado á Dios. Es tambien muy bueno responder aquello que respondió san Bernardo, cuando predicando se le ofreció: ¡Oh qué bien lo haces! *Nec propter te cepi, nec propter te desinam* (2): Ni por tí lo comencé, ni por tí lo dejaré. No se han de dejar las buenas obras por temor de la vanagloria, que seria ese engaño grande, sino habemos de tapar las orejas y hacernos sordos á las alabanzas de los hombres, no haciendo caso de ellas. Dice san Crisóstomo (3), que nos habemos de haber con el mundo, como un padre con su hijo pequeño, que si el niño le alaba, no hace caso de ello, y si le vitupera poniéndole nombres afrentosos, tampoco, antes se rie, porque es niño y no sabe lo que hace, ni lo que dice; así nosotros no habemos de hacer caso de las alabanzas del

mundo, ni del qué dirán, porque en eso el mundo es como niño, que no sabe lo que dice. Y aun mas decia aquel apóstol de las Indias orientales san Francisco Javier (1): Que quien atentamente considerase sus faltas y pecados, y lo que verdaderamente es delante de Dios, pensaria, cuando los hombres le alaban, que hacian burla de él, y tendríalas por verdaderas afrentas.

Concluyamos con esto, y sea el último remedio este del propio conocimiento, que es el propio contra la vanagloria. Si cavásemos y ahondásemos en esto, entenderíamos bien que no hay de que nos venga vanagloria, sino mucho de que confundirnos y humillarnos, porque estamos muy llenos de culpas: y no solamente mirando á nuestros males y pecados, sino mirando á las obras que á nosotros nos parecen muy buenas y muy justas, si bien las consideramos y examinamos, hallaríamos comunmente harta ocasion y materia para humillarnos, y quedar confundidos y avergonzados; y así dice san Gregorio (2), y repite muchas veces esta sentencia: *Omnis humana justitia injustitia esse convincitur, si districte judicetur; si enim remota pietate discutitur, opus nostrum pœna dignum est;*

(1) Lib. 6, cap. 15 vitæ P. S. Francisci Xavier.

(2) Gregor. lib. 6 Moral. cap. 11, ut sæpe, inquit, diximus, et lib. 17, cap. 10; Gregor. lib. 9 Moral. cap. 18.

(1) M. Ávila, t. 2 epist. fol. 39.

(2) Bernard. in vita ipsius.

(3) Chrysost. lib. 5 de Sacerd.

quod remunerari premiis prestolamur: Toda nuestra humana justicia, y lo que nosotros comunmente tenemos y hacemos de nuestra parte, puesto en el contraste de la justicia de Dios, si con rigor y sin misericordia se hubiese de juzgar, se convenceria ser injusticia; y de donde pensábamos haber premio y galardón, de eso mismo merecemos muchas veces pena y castigo. Y así el santo Job decia, que se recelaba y andaba con mucho temor y recato en todas sus obras por las culpas y defectos que se suelen mezclar en ellas, cuando uno no anda muy sobre aviso, velando sobre sí: *Verebar omnia opera mea*. Job, ix. Pues segun esto; ¿de qué nos ensoberbecemos y engraimos? ¿De qué nos viene vanagloria, viendo que si con atención nos examinamos y nos tomamos cuenta á la noche qué tal ha sido aquel dia, hallaríamos en nosotros una profundidad de miserias, males y faltas que habemos hecho, en hablar, obrar y pensar, y bienes que habemos dejado de hacer: y si algo bueno se ha hecho con el favor de Nuestro Señor, hallaríamos muy comunmente haberlo nosotros manchado con soberbia ó vanagloria, ó con pereza y negligencia, y con otras muchas faltas que sabemos; y otras muchas mas que no sabemos, pero creemos que las hay? Pues entremos dentro de nosotros, acojámonos al propio conocimiento, mirémonos á los piés; esto es, á la fealdad de nues-

tras obras, y luego se deshará la rueda de la vanidad y soberbia que se levanta en nuestro corazón.

CAPÍTULO VII.

Del fin é intencion buena que habemos de tener en las obras.

Ya habemos tratado cómo se han de huir en las obras, que hacemos, la vanidad y respetos humanos, que es el apartarnos de lo malo: ahora trataremos del fin é intencion que debemos tener en ellas, que es la mayor honra y gloria de Dios. El bienaventurado san Ambrosio (1) trae á este propósito aquello que dicen los naturalistas del águila, que la prueba que hace para conocer sus pollitos, si son legítimos ó adulterinos, es tomarlos con las uñas, y ponerlos así colgados en medio del aire á los rayos del sol; y si le miran de hito en hito, sin pestañear, tiénelos por hijos suyos, y vuélvelos á su nido, y críalos y tráeles de comer, como á hijos; pero si ve que no pueden mirar al sol de hito en hito, no los tiene por hijos, y déjalos caer de allí abajo. Pues en esto se conocerá si nosotros somos hijos verdaderos de Dios: si miramos de hito en hito al verdadero Sol de justicia, que es Dios, enderezando á él todo lo que hiciéremos, de manera que el fin y blan-

(1) Ambros. lib. 5 Exameron. cap. 18; et lib. de Sal. cap. 2.

co de todas nuestras obras sea agradar y contentar á Dios, y hacer en ellas su santísima voluntad. Concuerta muy bien con esto lo que dijo Cristo Señor nuestro en el Evangelio: *Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei qui in cælis est, ipse meus frater, et soror, et mater est*. Matth. xii. El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.

De uno de aquellos Padres antiguos se lee, que á cada obra que queria comenzar, estaba primero un poco parado; y preguntado ¿qué hacia? Respondia: Mirad, las obras de suyo no valen nada, si no se hacen con buen fin é intencion: así como el balletero para dar en el blanco está primero un poco parado, mirando y asestando á él; así yo, antes que haga la buena obra, ordeno y enderezo mi intencion á Dios, que ha de ser el blanco y fin de todas nuestras obras; y eso es lo que estoy haciendo en aquel tiempo que estoy parado. Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer: *Pone me ut signaculum super cor tuum*, Cant. viii; y así como el balletero para acertar mejor al blanco cierra el ojo izquierdo, y solamente mira con el derecho, para que la vista esté mas recogida, y no se distraiga y yerre mirando á muchas partes; así nosotros habemos de cerrar el ojo izquierdo de los respetos humanos y terrenos, y abrir solamente el derecho, que es el de la buena y rec-

ta intencion, y de esa manera daremos en este blanco, y acertaremos con el corazón de Dios: *Vulnerasti cor meum soror mea sponsa, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum*. Cant. iv.

Para que hablemos mas claro, y descendamos en esto mas en particular, digo que habemos de procurar referir y enderezar actualmente todas nuestras obras á Dios; y en esto hay mas y menos. Quanto á lo primero, á la mañana en levantándonos habemos de ofrecer á Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel dia, y pedirle que todo sea para gloria y honra suya, para que despues, cuando viniere la vanagloria, podamos responder con verdad: Tarde venís, que ya está dado. Y mas, no nos habemos de contentar con ofrecer y referir actualmente á Dios, cuando nos levantamos, todo lo que habemos de hacer aquel dia, sino habemos de procurar acostumbrarnos, cuanto pudiéremos, á no comenzar cosa que no vaya primero actualmente referida á mayor gloria de Dios: así como el cantero ó albañil que fabrica, suele tener la plomada ó regla en la mano, y aplicarla á cada piedra ó ladrillo que asienta; así nosotros cada obra la habemos de reglar y enderezar con esta regla de la voluntad á mayor gloria de Dios. Y mas, así como no se contenta el oficial con echar la regla ó la plomada una vez al principio, sino que la echa una y otra vez